



### CAPÍTULO 3

## La trinidad humana

La humanidad emerge de una pluralidad y de un ajuste de trinidades:  
— la trinidad individuo-sociedad-especie;  
— la trinidad cerebro-cultura-mente;  
— la trinidad razón-afectividad-pulsión, en sí misma expresión y emergencia de la triunidad del cerebro humano que contiene en sí las herencias reptiliana y mamífera.

#### INDIVIDUO/SOCIEDAD/ESPECIE

El desarrollo extraordinario de la individualidad humana, depositaria del pensamiento, la consciencia, la reflexión, curiosa ante el mundo físico y lo desconocido metafísico, no debe llevarnos a reducir lo humano a la sola individualidad.

Niels Bohr<sup>1</sup> encontraba en la relación individuo-especie cierta analogía con la relación corpúsculo-onda. En microfísica, la partícula aparece, según el tipo de observación, bien sea como una unidad aislable distinta, el corpúsculo, bien sea como un *continuum* inmaterial, la onda. Igualmente, el individuo aparece como el aspecto discontinuo material y la especie como el aspecto continuo inmaterial de una misma realidad. Cuando nos aparece uno, desaparece la otra, y viceversa. Podría-

---

<sup>1</sup> N. Bohr, *Física atómica y conocimiento humano*, Madrid, Aguilar, 1964.

mos ampliar esta idea a la relación individuo-sociedad. Cuando dirigimos una mirada psicológica, el individuo aparece en su autonomía y sus caracteres distintos, y en el límite, la sociedad desaparece, pero cuando dirigimos una mirada sociológica, el individuo se desvanece, o como máximo no es sino un ejecutante zombi del determinismo social. En este libro movilizamos conjuntamente las tres miradas que nos permiten poner de relieve la trinidad individuo-sociedad-especie, de tal manera que ni la realidad del individuo, ni la realidad de la sociedad, ni la realidad de nuestra especie biológica se expulsen una a otra.

Lo humano se define en primer lugar como trinidad individuo-sociedad-especie: el individuo es un término de esta trinidad.

Cada uno de estos términos contiene a los otros. No sólo los individuos están en la especie, la especie está en los individuos; no sólo los individuos están en la sociedad, la sociedad está en el interior de los individuos imprimiéndoles su cultura desde su nacimiento.

Los individuos son producto del proceso reproductor de la especie humana, pero este proceso debe, a su vez, ser producido por individuos.

Las interacciones entre individuos producen la sociedad, y ésta, que retroactúa por su cultura sobre los individuos, les permite devenir propiamente humanos. De este modo, la especie produce los individuos que producen la especie, los individuos producen la sociedad que produce los individuos; especie, sociedad, individuos se entreproducen; cada uno de estos términos genera y regenera al otro.

La sociedad vive para el individuo, el cual vive para la sociedad, la sociedad y el individuo viven para la especie, que vive para el individuo y la sociedad. Cada uno de estos términos es a la vez medio y fin: es la cultura y la sociedad las que permiten la realización de los individuos y son las interacciones entre individuos las que permiten la perpetuación de la cultura y la autoorganización de la sociedad.

La relación entre estos tres términos es al mismo tiempo dialógica: lo que significa que su complementariedad puede devenir antagonista. De este modo, la sociedad reprime, inhibe al individuo y el individuo aspira a emanciparse del yugo social. La especie posee a los individuos constriñéndoles a servir a sus finalidades reproductoras y a dedicarse a su prole, pero el individuo humano puede escapar a la reproducción al tiempo que satisface su pulsión sexual, y sacrificar su prole a su egoísmo.

Individuo, sociedad, especie son de este modo antagonistas al tiempo que complementarios. Imbricados el uno en la otra, no están

verdaderamente integrados el uno en la otra; hay una hiancia de muerte entre el individuo efímero y la especie permanente, hay antagonismo del egocentrismo y el sociocentrismo. Cada uno de los términos de esta trinidad es irreductible aunque dependa de los otros. Esto constituye la base de la complejidad humana.

Los tres términos son los medios y los fines el uno del otro. Ésta es la razón de que el individuo sea a la vez el fin de la especie y el fin de la sociedad, al tiempo que es un medio para una y para la otra. No obstante, las finalidades del individuo humano no se reducen ni al vivir para la especie, ni al vivir para la sociedad. El individuo aspira a vivir plenamente su vida. Las finalidades individuales se han desarrollado en el curso de la historia: la felicidad, el amor, el bienestar, la acción, la contemplación, el conocimiento, el poder, la aventura...

#### LA INSEPARABILIDAD

Las instancias ligadas como una trinidad son inseparables. El individuo humano, en su autonomía misma, es a la vez 100 por 100 biológico y 100 por 100 cultural. Experimenta la autoridad del Superyo social, la *impronta* y la norma de una cultura; vive sin cesar en la dialógica puesta de relieve por Freud entre el Superyo, el Ello pulsional y el Yo. El individuo está en el nudo de las interferencias del orden biológico de la pulsión y el orden social de la cultura; es el punto del holograma que contiene el todo (de la especie, de su sociedad) al tiempo que es irreductiblemente singular. Vive el destino social que vamos a examinar en los capítulos 1 y 2 de la parte tercera, y soporta el destino histórico que vamos a examinar en el capítulo 3 de la parte tercera. En todo comportamiento humano, en toda actividad mental, en toda parcela de *praxis*, hay una componente genética, una componente cerebral, una componente mental, una componente subjetiva, una componente cultural, una componente social.

¿Cómo no se ve que lo que es más biológico —el nacimiento, el sexo, la muerte— es al mismo tiempo lo que más embebido está de símbolos y de cultura? Nacer, morir, casarse son también actos fundamentalmente religiosos y cívicos. Nuestras actividades biológicas más elementales, comer, beber, dormir, defecar, aparearse están estrechamente unidas a normas, prohibiciones, valores, símbolos, mitos, ritos, prescripciones, tabúes, es decir a lo que hay de más específicamente cultural. Nuestras actividades más mentales (reflexionar, meditar) están ligadas al



cerebro, y las más estéticas (cantar, bailar) están ligadas al cuerpo. Este cerebro por el que pensamos, la boca por la que hablamos, la mano con la que escribimos son totalmente biológicas siendo totalmente culturales.

Las enfermedades corporales no son sólo corporales. Las enfermedades psíquicas no son sólo psíquicas. Todas ellas tienen las tres entradas: la entrada somática, que tratan los médicos con medicamentos e intervenciones quirúrgicas; la entrada psíquica, que tratan brujos y chamanes, después confesores y gurús, y hoy psicoterapeutas y psicoanalistas; la entrada ecológica y/o social, donde penetran las perturbaciones del medio, urbano por ejemplo, que debería tratar una política de civilización. Se puede cuidar por una de estas entradas, llegar a lo psíquico por la química, llegar a lo bioquímico por lo psíquico, y en ocasiones llegar a uno y otro cambiando las condiciones de vida. La conversión histérica, tan frecuente, indica que podemos inconscientemente fijar y exhibir un mal del alma en un órgano del cuerpo. El debilitamiento inmunológico puede proceder de un duelo o de una tristeza. Una voluntad feroz o una intervención aparentemente mágica pueden traer la curación de un cáncer.

Como se verá más adelante, la sociedad arcaica se organiza a partir del parentesco, es decir de las prescripciones y prohibiciones que conciernen a la sexualidad, y las primeras estratificaciones sociales están constituidas por bioclasas (hombres/mujeres, niños/adultos/viejos); debe ser considerada pues como una autoorganización sociobiológica. En las sociedades históricas<sup>2</sup>, la familia es a la vez reproductora biológica, placenta cultural y unidad sociológica de base.

Tanto importa distinguir y diferenciar, incluso en ocasiones oponer naturaleza/cultura, alma/cuerpo, cuanto las disyunciones entre estos términos testimonian el estado de ceguera de un mundo de conocimiento compartimentado.

Al mismo tiempo, debemos considerar una trinidad mental que interfiere con la trinidad cerebro/mente/cultura: se deriva de la concepción del cerebro triúnico<sup>3</sup> de MacLean. El cerebro humano integra en sí: a) el paleocéfalo, heredero del cerebro reptiliano, fuente de la agresividad, de la astucia, de las pulsiones primarias; b) el mesocéfalo,

heredero del cerebro de los antiguos mamíferos, donde el hipocampo une el desarrollo de la afectividad y el de la memoria a largo plazo; c) el córtex, que, muy modesto en peces y reptiles, se hipertrofia en los mamíferos hasta envolver todas las estructuras del encéfalo y formar los dos hemisferios cerebrales. Además, el ser humano es el único que posee un neocórtex con un desarrollo extraordinario que, «madre de la invención y padre de la abstracción» (MacLean), es la sede de las aptitudes analíticas, lógicas, estratégicas que la cultura permite actualizar plenamente. De este modo, se nos muestra otra cara de la relación compleja animalidad/humanidad, que integra la animalidad (mamífera y reptiliana) en la humanidad y la humanidad en la animalidad. (Como veremos más adelante, esto nos conduce a asociar estrechamente la inteligencia y la afectividad, lo que indican de manera en lo sucesivo incontestable los trabajos de Humberto Maturana, Antonio Damasio y Jean-Didier Vincent)<sup>4</sup>. También aquí esta conjunción sólo puede ser concebida y comprendida por la utilización de la dialógica y del bucle<sup>5</sup>: las relaciones entre las tres instancias no sólo son complementarias, sino también antagonistas, comportando los conflictos bien conocidos entre la pulsión, el corazón y la razón; la relación triúnica no obedece a una jerarquía razón/afectividad/pulsión (sólo muy excepcionalmente tiene el mando la razón), sino que se efectúa según una combinatoria inestable y rotativa en la que en ocasiones la pulsión asesina puede utilizar la racionalidad técnica y estratégica para sus propios fines.

De este modo, los caracteres biológicos y culturales no están ni yuxtapuestos ni superpuestos. Son los términos de un proceso en bucle recomenzado y regenerado sin cesar.

#### LA SOLDADURA EPISTEMOLÓGICA

Pero entonces, ¿cómo concebir el bucle recursivo entre lo biológico y lo cultural, siendo que los conceptos de la biología reduccionista no pueden aplicarse a lo que es propiamente humano en lo humano, y que los conceptos de la antropología, de la sociología, de la psicología humana no pueden aplicarse a la organización biológica?

<sup>2</sup> Sociedad histórica, cfr. Definiciones, págs. 331-340.

<sup>3</sup> P. D. MacLean, «The triune brain», en F. Q. Smith (dir.), *The Neurosciences*, Nueva York, Rockefeller University Press, «Second Study Program», 1970. Cfr. igualmente *El Método* 3, pág. 103.

<sup>4</sup> A. R. Damasio, *El error de Descartes*, Barcelona, Crítica, 1996. J.-D. Vincent, *Biología de las pasiones*, Barcelona, Anagrama, 1988. H. Maturana, «The biology of language: the epistemology of reality», en D. Rieber (dir.), *The Biology and Psychology of Language*, Nueva York, Plenum Press, 1978.

<sup>5</sup> Sobre las nociones de dialógica y de bucle, cfr. Definiciones, págs. 331-340.

Algunos han buscado un código que permita traducir los conceptos del lenguaje biológico al lenguaje antropológico y viceversa. Otros han partido a la búsqueda del estrecho pasaje del noroeste que permita que se comuniquen los dos continentes, sin pensar que los dos continentes estén contenidos el uno en el otro...

No hay comunicación posible entre una biología privada de los conceptos de autoorganización, de existencia individual, de inteligencia, y una antropología sin vida, en la que la noción de hombre se ha desintegrado en disciplinas disjuntas.

De hecho, la conexión sería fácil si las ciencias biológicas y las ciencias humanas realizaran su reagrupación, reconocieran su complejidad y concibieran la autoorganización (o más bien la auto-eco-re-organización)<sup>6</sup>. En lo sucesivo, el paso de la biología a la antropología podría efectuarse mediante el paso de una complejidad a otra. Eso es lo que intenté en otro lugar<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Cfr. *Le Paradigme perdu*, págs. 29-33; *El Método 2*, págs. 137-170; *Sociologie*, «La société, un système auto-éco-organisateur», págs. 73-94. Hay trad. española, véase la Bibliografía, págs. 341-342.

<sup>7</sup> *Le Paradigme perdu*.